

luntad de los que le temen y le sirven, y escucha favorablemente sus oraciones.

Expongamos ahora, según los datos de este mismo escritor, la conducta que observó el Santo en su nuevo cargo. « Subió, dice, cual Moisés al monte Sinai: entró, por medio de una sublime contemplación, en una nube inaccesible: se elevó á Dios por grados enteramente celestiales: recibió la ley grabada por la mano divina, es decir, la regla de conducta que debía observar: abrió su boca para recibir la palabra de verdad y de vida: recibió al Espíritu Santo, y hallándose lleno de las luces de la gracia, sacó de este rico tesoro de su corazón las preciosas é inestimables riquezas de su doctrina, que repartía sobre las almas con una abundancia y una bendición maravillosa.

Estas aguas de gracia y de salud no quedaron encerradas en el monte Sina, sino que Dios hizo que llegasen por medio del libro admirable de la *Escala santa*, primeramente al desierto de Raitha, y despues á toda la Iglesia. Entónces fué cuando se cumplió literalmente lo que cincuenta años habia vaticinado el abad Estrategio. Habia habido una unión muy estrecha entre los solitarios del Sina y los de Raitha: ambos desiertos tenían la gloria de haber dado mártires á Jesucristo, y si el monte Sina habia dado grandes hombres que lo ilustraron con sus talentos y lo edificaron con el buén olor de sus virtudes, no gozó de ménos prestigio bajo ambos aspectos el desierto de Raitha.

Un ilustre personaje, llamado Juan como nuestro Santo, y su especial amigo, gobernaba entónces el monasterio de Raitha. El conocimiento que tenia de sus talentos y de su doctrina profunda para la dirección de las almas, le determinó á suplicarle, tanto en su nombre como en el de todos los religiosos, á que escribiese lo que le dictase el Espíritu Santo en órden á la práctica de las virtudes, y que les en-

señase lo que habia aprendido en la práctica de la ciencia espiritual. La carta que le escribió con este motivo es tan honrosa para san Juan Clímaco, que la espondríamos íntegramente, si no temiésemos extendernos demasiado. Se dirige á él como á un hombre igual á los ángeles, como al padre común de los padres de la soledad, y como á un doctor capaz de instruir á los demás doctores.

En seguida le pide en virtud de la obediencia que debe á Dios y á todas las personas que necesitan de su asistencia, que le trace por escrito las verdades que Dios le ha manifestado en sus celestes contemplaciones sobre la misma montaña, en que en otro tiempo se dignó mostrarse á Moisés. « Nosotros, dice, las recibiremos como otras nuevas tablas escritas por su propia mano, y que nos envia por vuestra mediación, como á nuevos y espirituales israelitas, que han salido de las agitaciones del mundo, como de los abismos del mar Rojo.... Puesto que habeis hecho tantas obras maravillosas con vuestra lengua animada por el espíritu de Dios, así como en otro tiempo hizo Moisés tantas maravillas con su vara prodigiosa, y puesto que sois el grande caudillo y el primer maestro de los que han abrazado esta vida enteramente angelical, no rehuséis las súplicas que os dirigimos, para que nos escribais los principales deberes de nuestro estado. Abrigamos la confianza de que accederéis á nuestros deseos: recibiremos con extraordinario consuelo estas reglas venerables, que serán como una escala santa, por la cual los que quieran subir al cielo llegarán con toda seguridad, y sin que puedan estorbárselo los espíritus de las tinieblas. »

El bienaventurado Juan tenia tan bajo concepto de sí mismo, que no pudo ménos de humillarse á sí mismo más y más á medida que más veneración le manifestaba el abad de Raitha. Sintió la misma dificultad para dar principio á su obra, que habia experimentado para encargarse del go-

bierno de los solitarios del Sina, y sólomente la emprendió por espíritu de obediencia, que le hacía mirar á Juán de Raitha como su maestro en la ciencia espiritual y en las virtudes religiosas, y someterse á sus órdenes como á las de un superior. »

« Cuando recibí, le contesta, la carta con que me habeis honrado, ó más bién el mandato que me habeis impuesto, mandato que es superior á las fuerzas de un pecador indigente y destituido de virtud, lo he mirado como muy conveniente á la santidad de vuestra vida y á la profunda humildad de vuestro corazón. Deberíais haberos dirigido á los maestros de la vida espiritual, y no á mí, que no he pasado de ser un discípulo; pero, considerando que los padres más eminentes en doctrina y en santidad nos han enseñado que la obediencia consiste en practicar ciegamente aún aquellas cosas que exceden á nuestra capacidad, he olvidado mi propia debilidad, y emprendo humildemente lo que no puedo cumplir. En su virtud os dirijo esta pequeña obra, pidiendo á Dios y á vos perdón de mi loca é indiscreta sencillez. Yo sé que vos, con la gracia de Jesucristo, sois muy capaz de instruirnos á los demás; por eso la dirijo á esa comunidad consagrada al servicio del Señor, y que, como yo, recibe de vos las sabias instrucciones de un hombre tan ilustrado. Confiando en vuestras oraciones, como en manos espirituales que me ayuden á llevar el peso de mi insuficiencia, he tendido las velas al viento al tomar la pluma, y he abandonado á Jesucristo, el mejor de los pilotos, el gobierno de la nave, y la inspiración de todo lo que voy á decir por vuestro mandato y con vuestras oraciones. »

Entónces fué cuando apareció esta grandiosa producción de su genio eminente, de su consumada experiencia y de su ardiente caridad. Esta obra le hizo muy pronto célebre entre los griegos, y mucho más tarde entre los latinos. En ella trata las materias de una manera distinta que los de-

más autores griegos, que de ordinario con muy extensos en sus discursos; pero como estaba dotado de una inteligencia muy perspicaz, al mismo tiempo que grave y sólida, encierra muchos pensamientos y razones en muy pocas palabras. Expresándose más bién con sentencias que con pensamientos entrelazados, expone su doctrina en ideas breves, en principios y máximas, sin detenerse á exponerlos por medio de amplificaciones.

Esto es causa de que su obra sea oscura en algunos pasajes: pues no todos son capaces de llegar á la sublimidad de sus pensamientos. Así es que se procuró hacerlos más comprensibles y adecuados á la capacidad de todos por medio de notas y aclaraciones, que puso en griego Juán, abad de Raitha, cerca de cincuenta años despues. Más tarde publicó otras nuevas aclaraciones Elías, metropolitano de Creta, que hicieron más comprensible esta obra.

Nótase que nuestro Santo tenia una gran conformidad de carácter con san Gregorio Nacianceno, así en la elegancia como en el estilo: pues ordinariamente propone sus instrucciones y discursos bajo una forma figurada, en que hace alusión á pasajes de la sagrada Escritura, mezclando algunas veces ejemplos raros y poco conocidos. Se encuentran también en sus obras imitaciones ingeniosas del lenguaje del Espíritu Santo, diversas alegorías del Antiguo Testamento, parábolas semejantes á las del Evangelio, que, bajo el velo de las cosas humanas, contienen verdades morales y espirituales, y por último, cuestiones morales que propone á sus lectores, para excitarlos á buscar su resolución, por impedirle su modestia el decidir las.

Aunque san Juán Climaco protesta en su obra, que no la envia al abad de Raitha con intención de instruir al que considera como maestro, sino que lo hace en beneficio de los religiosos que este santo abad tenia bajo su dirección,

añade, no obstante, un pequeño tratado para el mismo abad, y que intitula *Carta á un Pastor*. Indudablemente debió hacerle muchas instancias para ello el abad Juan de Raitha, y esta obra, en la cual trata de los deberes de los que estan encargados de la dirección de otros, no es ménos útil para la instrucción de los superiores, que lo es la *Escala santa* para la de los demás, y especialmente para los religiosos. En ella se expresa también por medio de máximas y aforismos, y con la misma precisión y elevación de pensamientos que le es propia.

Entre las epístolas de san Gregorio Magno hay una dirigida á Juan, abad del monte Sina, que le habia escrito por medio del sacerdote Paladio, de quién pronto hablaremos. Este abad Juan no es otro que nuestro Santo. En esta carta, conservando el Papa su dignidad á través de una humildad profunda, se encomienda á sus oraciones, manifestándole que los religiosos que tienen la dicha de vivir en la soledad deben orar por los que, como él, están obligados á vivir en el embrevecido mar del mundo. Le indica al mismo tiempo los tres principales deberes de un superior, y le ruega que interponga sus oraciones, para que el Señor derrame su bendición sobre el rebaño que le está confiado : para que pueda animarlo á la virtud con su palabra y con sus consejos, y darle ejemplo de una santidad tan perfecta como la suya. Le pide también que proporcione algunos muebles para un hospital que un extranjero habia edificado en Sina, lo que demuestra que la caridad de este gran Pontífice se extendia á todas partes.

Es de creer que san Juan Clímaco no sobrevivió mucho tiempo á la composición de la obra de que venimos hablando. Despues de haber gobernado durante cuatro años el monasterio de Sina, resolvió abandonarlo para volver á su amada soledad de Thola, que, según la expresión de uno de sus historiadores, habia tomado por su compañera

y esposa. Regresó á ella con la misma inclinación á la vida oculta, con que una piedra tiende al centro de la tierra. Procuró encomendar la dirección del monasterio á un hermano que tenia, llamado Jorge, que habia llevado una vida muy perfecta en la soledad. Tal vez sea este Jorge el mismo de que habla Juan Mosch en su *Prado espiritual*, pero esta opinión no es aceptable, como veremos en su lugar.

Habiendo llegado el bienaventurado Juan á la edad de ochenta años, y aproximándose su última hora, vino á visitarle su hermano, y anegado en lágrimas, le dijo : « Y ¿ qué, hermano mio, me vas á dejar sin tu auxilio y asistencia ? Yo, como mayor, esperaba morir ántes que tú ; pues sin tí no me encuentro con ánimo para gobernar esta santa familia. ¡ Que desgraciado soy ! » San Juan le animó y confortó, diciéndole : « No te aflijas, hermano mio, pues si mi intercesión vale alguna cosa en la presencia divina, ántes de un año te atraeré á mí. » Asi sucedio en efecto ; el abad Jorge murió diez meses despues que su hermano. Se cree que san Juan Clímaco murió en 605 ó un año despues.

Además de los datos que pueden tomarse de sus obras para la historia de su vida, hay dos autores contemporáneos, que refieren todo lo que acabamos de exponer. Uno de ellos es un religioso de Sina, que vivia en su tiempo, y que habla de los hechos de su vida como testigo ocular. El otro es un monje de Raitha, que escribió poco tiempo despues de la muerte del Santo, fundándose en el testimonio de los que lo habian conocido y tratado ; así es que escribe estas palabras : « Todos los que han tenido la dicha de oír hablar al Espíritu Santo por la boca de este grande hombre, y muchos á quienes puso en camino de salvación, y que aún viven y brillan por sus eminentes virtudes, pueden dar testimonio de lo que digo. Pero uno

de los más ilustres testigos de la sabiduría de este salvador de las almas, es este nuevo David de que he hablado (se refiere al monje Isaac, á quien con sus oraciones libró de una grande tentación), así como también nuestro bienaventurado abad, á cuyas instancias descendió en espíritu este ilustre personaje de las alturas de la montaña del Sinai, como un nuevo contemplador de la majestad divina, y vino á traernos las tablas escritas por el dedo de Dios (*su Escala santa*), que contienen los preceptos necesarios para nuestra santificación, interiormente por la práctica de obras santas, y exteriormente por una contemplación enteramente celestial. »

Los griegos celebran la fiesta de este Santo el 30 de marzo, en cuyo día presumen que acaeció su muerte. Los latinos le conocieron más tarde á causa de las irrupciones que hicieron las Sarracenos en el Egipto, en la Arabia y en la Palestina. Mucho tiempo despues es cuando se ha puesto en el Martirologio romano, es decir, despues que el estudio de la lengua griega, más cultivada en Occidente, dió á conocer su preciosa obra, que le ha hecho tan célebre en la Iglesia latina como en la griega, colocándole entre los Padres de la Iglesia, y entre los más eminentes maestros de la vida espiritual.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN JUAN CLIMACO

La Escala santa de san Juan Climaco, de la cual vamos á sacar su doctrina espiritual, se compone de treinta grados, en cada uno de los cuales trata el objeto que se propone con mucha extensión, si bién á causa de la precisión de las palabras puede decirse que encierra varios pensamientos en cada una de ellas. Como se expresa, según hemos dicho, más bién por medio de máximas que de pensamientos encadenados, y como cada sentencia con-

tiene verdades muy instructivas, no podremos exponer más que algunas de ellas, teniendo que prescindir con pena de las demás. Preciso nos es, por lo tanto, reducirnos en lo posible, para no dar un volúmen en lugar de un análisis, bastando exponer algunas de las sentencias de cada grado.

Los tres primeros grados de la *Escala santa* se refieren á la renuncia del mundo, al despendimiento del corazón, al retiro interior y alejamiento de las criaturas, aún de aquellas que nos sean más queridas. En toda esta obra se refiere san Juan Climaco á los religiosos ; pero sus enseñanzas convienen á todo el mundo.

GRADO I

El retiro del mundo, dice en el primer grado, es un odio voluntario y un abandono de las cosas de la naturaleza, por el deseo de gozar los bienes que están sobre la naturaleza. Se puede llegar á él ó por la esperanza del reino celestial, ó por la pena que se tiene de su alejamiento, ó por el amor que se siente hacia Dios. Cuando no se experimenta ninguno de estos sentimientos, el retiro es indiscreto y temerario. Sin embargo, Dios es tan bueno, que no atiende mucho al fin que nosotros nos proponemos al entrar en la carrera, siempre que el término de ella sea el que Dios exige.

Al salir del Egipto del mundo, tenemos necesidad, como el pueblo judío, de un Moisés que nos guie, y que sea como un mediador entre Dios y nosotros. Así es que han sido engañados todos aquellos, que, confiando demasiado en sus propias fuerzas, no creían necesario que nadie los dirigiese.

Los que han abrazado este estado de santidad para llegar al cielo necesitan hacerse violencia, sobre todo al prin-